

Destapar o no destapar. Esa es la cuestión.

Marta Traba

Solanas: La otra noche salí del Odeón, donde el Cine Club de Marcha proyectaba la segunda y tercera parte de su película. *La Hora de los Hornos*, verdaderamente confundida. No conozco la primera parte de su film, y no alcancé a ver la tercera. El impacto, pues lo causó la segunda parte que usted tituló “El peronismo” y que era, en el fondo, la que más me interesaba ver. Quería verla por la misma razón oscura, turbadora y casi inexpresable de quien ha perdido en parte la memoria y regresa al lugar donde se cometió un crimen para averiguar quién fue, cómo ocurrió todo y, esto es lo más angustioso, saber si él mismo tuvo parte en el asunto. Es un regreso sonámbulo, lleno de pánicos secretos, donde de repente se oyen voces esclarecedoras, una escena perdida se ilumina de pronto, algo insignificante tiende la clave. Reconstruir es un largo suplicio y evidentemente una de las formas más agudas y crueles del castigo moral es llevar al asesino al lugar del crimen para que vuelva a protagonizarlo.

Todo esto viene al caso si pienso que yo tenía quince años cuando Perón lanzó la consigna de “alpargatas sí, libros no”, a partir de la cual los niños o los jóvenes que éramos entonces estudiantes universitarios, nos convertimos en sus enemigos implacables, ciegos y acérrimos. En frío, esa consigna, como todas las consignas, no tienen más que una descarnada significación. Es la “muerte a la cultura” de Millán Astray y de Hitler; es el fascismo en su forma más perentoriamente irracional. Pero usted, Solanas, nos devuelve la frase incrustada en su contexto; en la repulsiva actitud desdeñosa y aristocrática, de los intelectuales frente al populismo que desencadenaba Perón; en la equivocación trágica de los políticos que decían defender la libertad y la democracia; en el contrapunto sobrecogedor de las caras del pueblo y las caras de la clase media alta. Esas caras son inequívocas. Se comprende muy bien hasta qué punto el grito que conmovió las clases medias y altas argentinas y nos convirtió a nosotros, los estudiantes, en los mejores idiotas útiles que se han fabricado en las irrisorias crónicas latinoamericanas de este siglo, tenía un valor simbólico y no debía tomarse al pie de la letra. Ni el pueblo sobreestimaba las alpargatas o quería la quema de los libros; ni tampoco las clases altas defendían los libros como su bien más precioso porque era, como lo siguen siendo básicamente estólicas e ignorantes. Pero el pueblo sí veía el irreprimible rictus de asco y de soberbia que capta la cámara y que recorre usted. Y ese rictus está impreso en la cara del que sabe, del que tiene acceso a la universidad, del que lee el diario repantigado en su silla giratoria; de ahí a identificar al enemigo con el lector, o supuesto lector, no hay más que un paso.

Racionalmente, parece increíble haber caído en la trampa de los eslóganes: pero así fue. Fue como si nos abrieran la cabeza y nos metieran a martillazos tres palabras, una para odiar y dos para defender. Rabiosamente. A muerte. La palabra que encarnaba el mal era: “nazi”. Las dos que encarnaban el bien fueron: “libertad” y “democracia”. Perdimos de vista enteramente el verdadero sentido de cada una de ellas, la partida de imbéciles que los proporcionaban y el servicio que estábamos prestando a la clase parasitaria del Jockey Club, a los peores latifundistas y a todos los elementos reaccionarios, inmovilistas o débilmente desarrollistas de nuestra sociedad. Dispuestos – me refiero a los jóvenes– a morir por el pueblo, para darle la libertad y la democracia que reclamábamos por las calles hasta rompernos los pulmones, no comprendíamos que ese pueblo, por vez primera, era gobierno a partir del 17 de octubre y había conquistado de golpe una condición humana que hasta ese momento le fuera negada.

Ahora, volviendo a ver las concentraciones en su película, nuestra ceguera parece inconcebible. Porque los centenares de miles de personas gritando por Perón, defendiendo a Perón, ofreciendo espontáneamente la vida por Perón, siguen haciendo el mismo nudo en la garganta, provocan la misma emoción irrefrenable que causa asistir, hoy día, a una concentración ante Castro en Cuba. Al mismo tiempo, la locura, el desvalimiento, la anarquía que usted califica muy bien de

“espontaneísmo”, pone de manifiesto hasta qué punto Perón no fue fascista, ni nazi, ni nada que supusiera una estructura formativa y regimentaria, sino simple y providencialmente un hombre que miró para el lado que era, hizo algunos avances en la dirección que correspondía, tuvo la suerte histórica de que su compañera reforzara abiertamente esos gestos de simpatía humana, y luego comenzó a hundirse en su falta de ideología revolucionaria, en sus torpezas y debilidades de populista casual.

La incapacidad de Perón hace aun más conmovedor el acompañamiento del pueblo. Cuando se piensa que por sólo sentir la simpatía de un líder puede apoyarlo de tal manera, la imagen del pueblo eclipsa todos los demás valores entre los cuales nos movemos los intérpretes de “libros sí, alpargatas no”, y se forma la única verdaderamente válida. En los colegios deberían pasar como filmes educativos, en lugar del cultivo del maíz o la pesca de la ballena, sus secuencias del 17 de octubre, más las reuniones del 19 de mayo en La Habana, más los documentales del 9 de abril en Bogotá, cuando el pueblo quemó la ciudad después de enterarse del asesinato de su líder Jorge Eliécer Gaitán, más todos los cortos en los cuales –mostrando que el pueblo latinoamericano es capaz de defender a sus líderes y castigar a sus opresores– se elabora una corriente épica espontánea que, visible o no, sigue fecundando el subsuelo de América, y es su gran reserva.

Cuando usted plantea al final del film, Solanas, los puntos de debate, me hubiera gustado preguntarle si la clase media alta y los intelectuales argentinos que viven trepados a ella, se han devuelto de su error. Y si los estudiantes han revisado la historia tal como usted la revisa. Porque yo tengo la impresión de que nada de esto ha ocurrido. Y que el pueblo, que sigue siendo peronista, continúa ferozmente marginado por todos ellos cuyo rictus despectivo, en lugar de borrarse, parece haberse estereotipado a lo largo de quince años de gorilismo implícito o explícito. ¿Se han dado cuenta esos argentinos de que los buenos eran los malos y viceversa? ¿O la revisión histórica ha estado tan tapada, tan proscrita, que la Argentina quedó detenida, en cámara fija, el día que cayó Perón? ¿Siguen creyendo, aún, en la “gran farsa de las instituciones democráticas” a las que aludía Céspedes defendiendo el golpe boliviano en el número anterior de MARCHA? Si es así, documentos cómo el que configura su película, Solanas, son verdaderamente inapreciables. Porque lo que nos queda por hacer, a los intelectuales arrepentidos de haber caído en la trampa de las “grandes palabras”, es destapar y destapar; ejercer sin tregua el oficio de destapadores de la historia prefabricada por la inmortal longevidad de los liberalismos manchesterianos.

Eso, y otras cosas, hubiera querido plantearle. Pero su película termina, sobreviene un segundo de oscuridad y todos nos quedamos callados. Oprimidos. Nos pesa en el alma ver cómo el pueblo, una y cien veces traicionado, todavía es capaz de darnos como moraleja su irrevocable esperanza de que alguna vez se comportarán como él se merece.

Viernes 7 de noviembre de 1969
A 35 grados latitud sur. 11. MARCHA